HOMENAJE A VICENTE ALEIXANDRE

I

("ÁMBITO")

NADA somos si no somos un río
de luz adolescente hacia las
de la Belleza. Como niños ciegos
fuimos a abrir de par en par su ámbito,

fuimos a atravesar su dintel puro;
aún era más, aún era más que lo soñado;
poseer, dioses jóvenes, lo bello,
hacer de la hermosura nuestro canto.

Fuimos a abrir, a tocar casi, casi
a hacer nuestra la luz hermosa, cuando...
«Vinieras y te fueras dulcemente...»
Cuesta llorar ahora recordarlo.

Y cuesta renunciar. Adolescentes
ojos: mirad cómo se apaga cuanto
creisteis ver perpetuamente puro,
perpetuamente en el azul intacto.

II

("PASIÓN DE LA TIERRA")

NADA somos si no somos tiniebla
que busca luz apasionadamente,
transeúntes por ciegas galerías
de una provincia de silencio y muerte.

Porque tal era nuestro reino: un cielo
negro, luz al revés, tallo que crece
hacia dentro. Tal era nuestra patria.
Todo su centro halla en este vientre.

Nada, nada es distinto. En este fondo
donde podridas laten las simientes

por espejos de sombra nos miramos
reflejada la imagen no celeste.

Oscuro fuego, negra luz, a opacas
llamaradas ardemos. Con los dientes
nos arrancamos torpes claridades.
Puede pasar ahora el primero, puede

arrojar su disfraz, sus vestiduras
falsas, en esta hoguera, en este
último pozo en que la vida ciega
a oscuras cobra su verdad luciente.

III

("ESPADAS COMO LABIOS")

NADA somos si no somos la sangre
que mana de lo oculto de una herida,
las uñas que desgarran tercamente
el harapo burgués de la mentira.

Puede arrojar, ha de arrojar cada uno
su máscara penosa, la ceniza
que oculta la verdad, la costra impura
que recubre la llaga de la vida.

Hay que dejar la llaga al rojo vivo,
tocar la llaga de la carne viva
debajo de la muerte milenaria,
detrás de la mortaja antigua.

Muertos estamos hace muchos años.
Tras de la falsa muerte resucita
la pura realidad, la verdadera
realidad neta, libre de ignominias.

Libre de torpes motes. Unos labios
como espadas que cortan y acuchillan,
entre sus puros filos la palabra
pura y liberadora precipitan.

IV

("LA DESTRUCCIÓN O EL AMOR")

NADA somos si no somos esquirlas
de este astro incandescente, piedras rojas,
cuerpos ardidos, minerales ciegos
girando como chispas en las sombras.

Carbones desprendidos de la inmensa
lava que cae, entre mortal y hermosa,
rastros de luz quemante sobre el tiempo,
sobre la muerte pena de la escoria.

Brillamos un instante, fugitivos
relámpagos, imán contra otra boca,
contra otros dientes y mordemos esta
hermosura que gime, esta congoja.

Cálida arena, playa donde pone
el mar su soledad fría y remota.
Extinguida ceniza que fué pluma.
Los astros, impasibles, en sus órbitas.

V

("SOMBRA DEL PARAÍSO")

NADA somos si no somos reflejo
de la inmensa alegría de la tierra,
nostalgia de alegría que perdimos
hacia la soledad y la tristeza.

Los remotos orígenes llevamos
aún destellando en las pupilas, esas
breves patrias redondas donde el mundo
sus líneas puras, luminosas, deja.

Vamos entre el dolor y la esperanza
dando a la vida lentamente vueltas,
protagonistas de una antigua historia
que hermosamente se recuerda.

Perdido amor, perdida fe, perdida
libertad. Estos somos. Estos eran
vuestros remotos habitantes, hombres
que aún llevan luz, aunque anden en tinieblas.

VI

("NACIMIENTO ÚLTIMO")

NADA somos si no somos materia,
sustancia de las cosas confundida.
«Hombre, tierra perenne». Casi sólo
barro que respiramos o ceniza.

Nada somos si no somos raíces
ya sepultadas, ya a la luz erguidas.
Trozos vivos de muerta tierra, muertos
trozos de pura tierra viva.

VII

("HISTORIA DEL CORAZÓN")

NADA somos si no somos los otros,
si en los demás no nos reconocemos,
si no arrimamos nuestra propia leña
para entre todos encender el fuego.

Vamos andando sobre antiguos pasos
y para otros el camino hacemos
y en nuestros hombros el destino pone
igual que en otros hombros, este peso.

No estamos solos. (Corazón, tú sabes
que soledad no fué cantarte: dentro
de ti habitaba siempre aquella hermosa
sombra que nos hacía dos y eternos.)

Esta voz es el río que desciende
desde los montes si se funde el hielo.
Baja copiando hondos paisajes.
Contemplaos ahora en sus espejos.

Esta es la historia: somos sombra alzada
hacia la luz. Ramas que abate el tiempo.
Pero el árbol persiste y la luz siempre.
Esta es la historia. El corazón. Los nuestros.

VIII

(LA OBRA)

NADA es la poesía si no un río
adolescente y hacia la hermosura.
Nada es la poesía si no es sombra
que apasionadamente la luz busca.

Nada es la poesía si no es sangre
que de la humana herida abierta surta,
nada, si no es esquirla
de una amorosa pugna.

Nada es la poesía si reflejo
no es de vital y dulce pulpa.
Nada, si no es materia
que con la tierra se confunda.

Nada es la poesía si de todos
no pone la esperanza junta.
Nada es la poesía si la vida
no es, real y verdaderamente única.

IX

(EL POETA)

PODÉIS oír su lenta voz humana,
mirar sus claros ojos extendidos
sobre las cosas, contemplar sus manos
reales flotando entre los libros.

(En el jardín de Velintonia pone
el Guadarrama su halo cristalino
y por la fronda familiar del cedro
el tiempo deja su rumor continuo.)

Podéis ver la figura, humana y firme,
sentir el golpear casi, el latido
del corazón, el paso de la sangre
empujando la vida, como un río.

(En el jardín de Velintonia deja
la vida su resaca. Mar antiguo
sobre la playa. Espuma
remota y oleaje fugitivo.)

Podéis llamarle por su nombre ahora:
—Vicente.
Veis. Oís. Habréis creído.
El poeta es un hombre que trabaja
con el milagro verdadero y vivo.